



**JOSE
VASCONCELOS**

GOETHE Y EL DERECHO

Cuando por conducto de nuestro colega y amigo muy querido, el profesor don Servando Garza, me llegó vuestra invitación para que disertara delante de vosotros sobre el tema *Goethe y sus relaciones con el Derecho*, reflexioné y repuse: ¿Cómo podré hacerlo, si por una parte soy muy poco afecto a Goethe, me hallo escasamente informado de su obra que nunca fue de mi predilección, y en cuanto al Derecho, apenas tengo para mi consumo privado alguna teoría filosófica que a mí me basta, pero que acaso no llenaría una página? El profesor Garza, entonces, con su claro talento y el afectuoso interés que me dispensa, se puso a sugerir temas y cuestiones que me abrían los ojos y me indicaban el camino a seguir. A él debo, en consecuencia, la resolución que tomé de aceptar vuestro encargo, el cual cumplo con beneplácito, por la oportunidad que me brinda de reanudar contactos con esta mi antigua y querida Escuela de Jurisprudencia, de la cual por tantos años estuve alejado, y heme aquí dispuesto a pensar en voz alta y aunque sea sumariamente y con insuficiencia notoria, acerca de *Goethe y el Derecho*.

A larga distancia del estudio jurídico y del ejercicio profesional, conservo sin embargo un rudimento de teoría del Derecho, un principio de doctrina sencilla y conocida, según la cual lo jurídico no engendra problema filosófico arduo; basta con caracterizar el fenómeno dentro de la esfera de los hechos sociales que son a su vez una porción del saber más amplio dedicado a la naturaleza, los seres y sus destinos. Vieja y precisa es la distinción que separa el Derecho de la Ética, por virtud de que aquél va acompañado de sanción pública; se manifiesta en disposición buena o mala, pero refrenada por la coacción del Estado, a diferencia del mandamiento moral que sólo reconoce sanciones de orden privado, aparte de los imperativos de la conciencia. En resumen, el Derecho abarca la parte reducida de la conducta en que el Estado interviene con mandatos y sanciones de orden legal. Sobre el Derecho está la moral que rige la conciencia, y sigo a los que fundan la moral en la Revelación. Se halla ésta, por supuesto, por encima de la autoridad de Códigos, Constituciones y Estados.

Cumplir con el Derecho produce comodidad. Los rozamientos entre las gentes y del individuo con los gobiernos, se resuelven y suavizan mediante el acatamiento de la ley; acatamiento que casi siempre resulta menos incómodo que su transgresión. Se trata de obligaciones y derechos derivados de la vida en común. Cumplir con la moral es sumamente incómodo: "la puerta es estrecha"; estorban nuestros deseos y ambiciones que presionan el albedrío. Los bien dotados de caridad, los santos, cumplen con la moral gozosamente. Con desprecio de las incomodidades bregan hasta alcanzar lo que no da ninguna disciplina puramente humana, o sea, la beatitud, la participación en el vivir celeste. Hasta aquí mi convicción.

En general podemos distinguir tres tipos de doctrina jurídica,

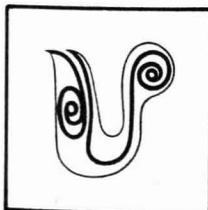
dentro de los cuales caben las distintas escuelas que sobre el Derecho han especulado.

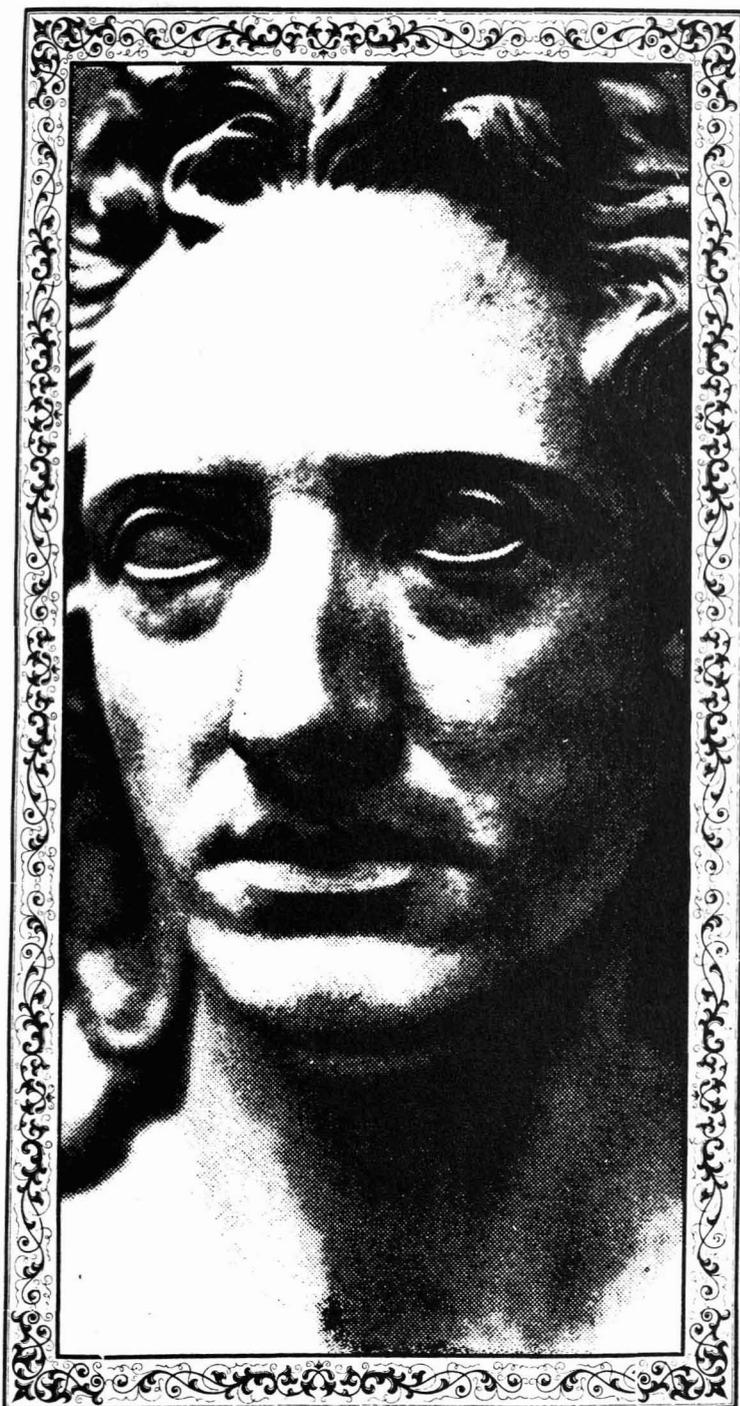
Con el fin de ubicar el pensamiento jurídico de Goethe, revisaremos someramente las tres maneras esenciales de la Filosofía del Derecho.

La escuela materialista encuentra el origen del Derecho en la costumbre y ésta se consolida con los mandatos del más fuerte. Originada en la costumbre, la moral primitiva se adapta a la misma fuerza de que procede, o sea, a la voluntad dominante en cada etapa histórica. La costumbre se vuelve ley cuando el soberano la declara obligatoria y sanciona su violación. Este tipo de moral no es exclusivo de la tribu; cuando el filósofo Dewey nos dice que la moral consiste en adaptarse a lo social, lo inmoral en violar lo social, en realidad nos somete a una tiranía de tipo colectivo, muy generalmente aceptada en nuestro tiempo y sin embargo muy primitiva.

Evidentemente tal retorno a la coacción social es un retroceso respecto de aquel período del paganismo que intenta fundar el Derecho ya no en la fuerza, ni en la sociedad anónimamente, sino en los mandatos que se derivan de la razón. A su vez ésta se expresa en leyes. Ya Esquilo hacía notar (en *Los Persas*) que el griego peleaba por cumplir con su ley, en tanto que el oriental obedecía por temor de ser azotado por el tirano. La ley en principio era expresión de normas de justicia derivadas de la razón. Toda una corriente jurídica que arranca de Sócrates, se empeña de esta manera en incorporar el Derecho a la ciencia más general del Logos. La justicia viene a ser la razón como criterio de conducta y esta doctrina se renueva periódicamente en el desenvolvimiento secular de la filosofía. Pero hay una tercera moral y es la que subordina el Derecho a la Revelación contenida en el Viejo y el Nuevo Testamento. Lo jurídico en ella es disciplina auxiliar de un propósito que lleva la justicia a superarse en la piedad y el amor. El Derecho fundado en la justicia es frío como las estatuas neoclásicas de balanza en mano, que todavía a la fecha decoran los palacios de las Cortes Supremas de no pocas naciones. El Derecho que se funda en el Dios Cristiano, postula la misericordia por encima de la justicia. La majestad de esta jurisprudencia se nos hace patente en la poesía sublime y terrible del Juicio Final. No es aquél un Tribunal de Derecho. La libertad de perdonar es su carácter propio y con ella la ejecución de las grandes justicias, proclamadas y triunfantes, en la medida en que el mundo las negó y se opuso a ellas. Se asiste allí a la condena en definitiva de los malos, pero se sobreentiende que son pocos, quizás ninguno, los condenados, porque es más grande que la culpa la capacidad de la misericordia.

Huella cristiana en el Derecho moderno la hallamos en práctica como el indulto, la regeneración del delincuente, el jurado, y, en fin, en todo tribunal que juzga tomando en cuenta las condiciones





especiales de cada caso y resuelve con criterio de caridad. El espíritu por sobre la letra de la ley, de manera contraria a la del fariseo. Vemos en este tipo de Jurisprudencia el intento de incorporarse ya no al Logos, sino al Eros. Por supuesto al Eros cristiano, cuya analogía se encuentra en el amor del Padre, a diferencia del Eros platónico que se pierde en elucubraciones sobre la relación de los sexos.

Tenemos, pues: el Derecho como disciplina del desarrollo social de la especie en sus etapas primarias; el Derecho como sección del Logos fundado en la sabiduría de Sócrates y que termina lamentablemente en las monstruosidades de cierta doctrina jurídica contemporánea que subordina el Derecho al Estado, lo identifica con el Estado. Y, por último, el anhelo inmortal de hacer coincidir la ley con la moral de Cristo.

Pese a su gran cultura o a causa de ella misma, parece que Goethe se queda en la etapa primaria que concibe el derecho como simple expresión de una voluntad que no tiene otro freno que el que le ponen las otras voluntades, y eso sí, con mucho respeto para el poder del Estado, sea quien fuere el Estado. Cierta que aparecen en el poema goethiano determinadas intervenciones de la Gracia Divina, pero de modo tan débil y tan ajeno a lo fáustico, que se les debe tomar como condescendencias con el sentimiento ajeno y no como exigencias de la conciencia del autor.

Procuraremos justificar nuestras apreciaciones. Goethe resultaría lógico en una sociedad pagana anterior a Sócrates. El ejercicio libre de la voluntad sin otro límite que las otras voluntades es en el fondo esclavitud. Pero además de las voluntades ajenas es preciso tener en cuenta a la naturaleza que nos opone más límites que la contradicción de nuestros semejantes. Las voluntades ajenas suelen tomar por su cuenta el castigo de nuestros desmanes. Ante ellas Goethe no acude al honor como lo haría un personaje español, sino que se vale de la magia para librar a Fausto de la espada de Valentín y de su complicidad con la infortunada Margarita. Fausto no conoce el honor. Tampoco sospecha los valores de la compasión. Concibe el mandato legal, pero, aparte de que procura eludirlo con lo que incurriría en la animadversión de Sócrates, cuando tiene que someterse acude a la interpretación de la letra. Entre Shylock y Mefisto no hay mucha discordancia. Por ningún lado descubriremos en Fausto un vestigio de aquella decisión que impele al héroe moral a enfrentarse al poder de las tinieblas; poder que bajo distintos disfraces opera en todas las épocas y que determino diciendo, que tinieblas son todos los idearios y los intereses que se oponen a Cristo, cuanto lo niega o pretende ignorarlo. Al contrario, Goethe es un aliado tácito, tímido, cauto, de todo lo que representa Mefisto y se halla definido desde antiguo como: el Mundo, el Demonio, la Carne.

El Derecho —creación del genio latino en su etapa derivada del Logos— no es compatible con el temperamento germánico de



Goethe, temperamento romántico que aspiraba al equilibrio por lo mismo que no podría alcanzarlo; pero también su romanticismo se quedó corto porque nunca comprendió las virtudes cristianas de la humildad, el perdón de las ofensas y el socorro del débil.

Central es en el *Fausto* su chicana en el trato con el Diablo. En su excelente análisis, el profesor Bickerman (*Fausto y Don Quijote*) estudia con criterio jurídico la ventaja inicial que se asegura Fausto en sus arreglos con el Diablo. A cambio del mágico poder que ha de asegurarle la dicha terrestre, el Diablo le pide el alma en el más allá. Fausto responde: "el más allá no me interesa". Deja así abierto el procedimiento para la acción en tercería que podrá ejercitar la Providencia, dueña verdadera de su alma. De suerte que en rigor vende lo que no es suyo. Luego, como buen rufián, no tiene Fausto inconveniente en aceptar la salvación de manos de la Misericordia Divina en quien no cree. Para ello se vale del truco de Margarita, que con su plegaria sincera mueve la voluntad divina. El taimado doctor usa el enredo para exhibirse, conforme a la moda de su tiempo, incrédulo, sin perjuicio de aprovechar por si acaso la intercesión de su víctima. Así, Goethe se empeña en hacerse retratos jupiterianos para la posteridad literaria; pese a la obsequiosidad que siempre mostró ante los poderes de su época. Ni en su instante postrero abandona la farsa, porque por un lado los ángeles a súplicas de Margarita cargan con su alma, por el otro, el Fausto-Goethe se dedica a proclamar eterno el instante en que inicia la modesta obra de irrigación que le ganará la gratitud de varias generaciones de beneficiarios. El insaciable Zeus germano claudica y se hace agrónomo. Los sueños de poderío fáustico se desvanecen y el olímpico Fausto se consuela pensando en recompensas ramplonas.

El "Fausto Cristiano" que fue Hernán Cortés —descubridor y civilizador de un mundo ya para morir—, lejos de ufanarse de su labor ciclópea, de su peculio funda un hospital. Si reviviese sonreiría de la farsa de acción que es lo fáustico. Resulta en efecto lamentable que después de renunciar la grandeza del más allá, se ocupe el pobre corazón colectivo de los pósteros, como cualquier Augusto Comte. Por lo menos Comte no presumió ni de poeta ni de héroe; pero el lector siente el disgusto que provocan las presunciones del *Segundo Fausto* con sus momentos eternos y la gratitud de los parcelarios de sus tierras nuevas, y quisiera expresarlo mediante una de esas onomatopeyas, común a muchas lenguas y que se produce adelantando la lengua y oprimiéndola con dientes y labios para expeler aire que estalla en un *ptrrrr*. . . ¡Oh la majestad de lo natural! Se atraviesa un dolor de vientre de esos que tuercen lo mismo al labriego que al semidiós y lo lanzan en busca de lugar reservado, y el espectador se sacude de risa. El ridículo cruel es el del fatuo. La pobre naturaleza humana no resiste la jactancia. El otro ridículo, el del humilde, fácilmente se hace sublime, como Don Quijote que nos mueve a risa pero al

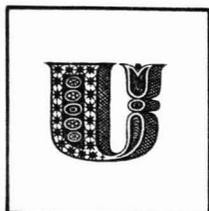
mismo tiempo nos hace sentirnos culpables de tener tanto de Sanchos.

El mensaje de Goethe

Diletante de todas las disciplinas, pero nunca un guía del espíritu ni un reformador de la sociedad, ni un filósofo de la existencia, en su metafísica, Goethe resulta pobre. Y es difícil encontrar poesía excelsa allí donde falta una sólida, coherente noción del Universo. Goethe exploró mucho, pero dentro del supuesto de que la verdad está completa en el "libro de la naturaleza"; su experiencia asomó apenas a lo sobrenatural; ciego de luz solar, no tuvo ojos para lo invisible ni oídos para la voz que habla por el alma atormentada de los profetas. Fue mal pagano y es inexcusable, dentro de su condición de moderno, el haber querido prescindir del factor mesiánico que penetra el acontecer de modo manifiesto, desde la liquidación histórica del paganismo.

■

El poeta, aun el gran poeta a lo Goethe, corre el riesgo de toda versificación que es el de las traducciones. Gran poesía es la que muestra capacidad de sobrevivir en la prosa de todas las lenguas. Una mentalidad profunda, como la de Esquilo o la de Dante, resiste victoriosa a todas las versiones, a todos los estilos y a la veleidad de las épocas. Un mensaje poético de calidad menor se diluye en la traducción y se convierte en literatura. Dentro de este género, yo prefiero la sagacidad psicológica, la profundidad espiritual de un Dostoiewsky, a todas las aventuras de Wilhelm Meister y de Werther. El universalismo de un Dante, un Dostoiewsky, es fruto de pasión desorbitada, no precisamente de equilibrio. Las reservas que nos suscita Goethe responden pues a motivos esenciales. Afán de mostrarse original, o fidelidad a su idiosincrasia, el error capital de la doctrina goethiana es su discutida creencia en la primacía de la acción, su dinamismo sin teleología y sin teología. Diviniza Goethe la voluntad sin reflexionar en que si se trata sólo de movimiento, sin calidad, basta con el girar de las estrellas, que es ya regulado y armonioso. Por lo mismo resulta un salto atrás cósmico, el afán de revertir la voluntad humana que guarda potencialidades para la espontaneidad y el milagro, hacia las normas de la armonía que opera en el orden inferior de las cosas. El alma se aniquilaría a sí misma si lograrse volver al átomo. La armonía de las almas es de signo diverso y más alto que la armonía de las estrellas. Las almas se rigen por algo más valioso que la armonía, o sea el amor. Tan helénico Goethe, y no pudo darse cuenta de que ya Platón había superado la música igual de los astros, la armonía, en favor del Eros creador. La jerarquía de los seres exige que ninguna cosa exterior determine la ac-

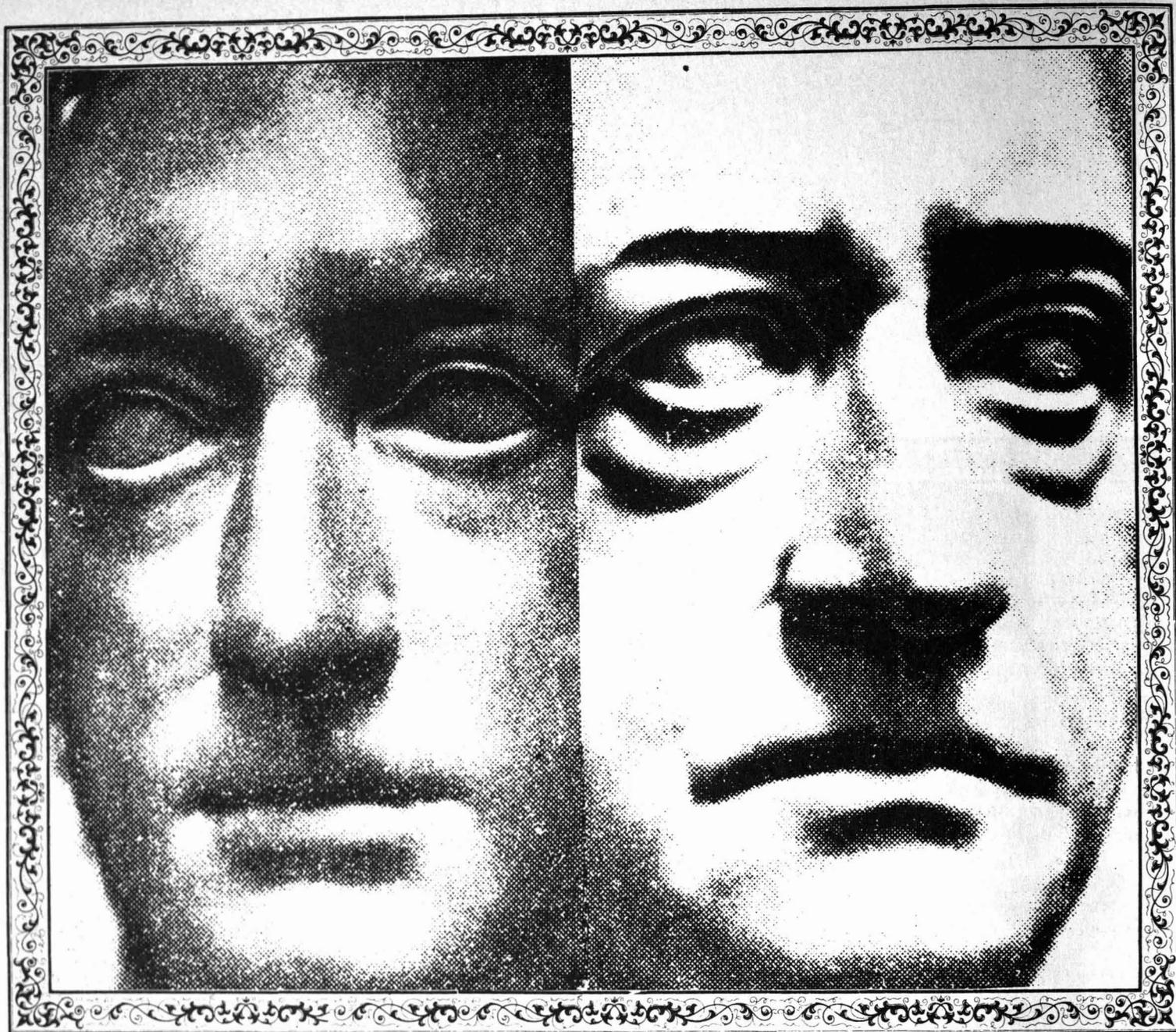




ción del hombre. Del hombre nacen ritmos nuevos y específicos que, al influir sobre la creación, la elevan y la transforman hacia el espíritu. Asociarse al espíritu es el objetivo de la voluntad. Y meta no lo es ni siquiera la libertad, menos la voluntad. En efecto, nada vale la libertad si no la aprovechamos para acoplar nuestros esfuerzos al más alto fin; y éste consiste en colaborar con la voluntad divina que concierta y da jerarquía a mundos y seres. La voluntad divina tiene un modo para la naturaleza y las cosas y otra es la ley reservada al hombre. Lo que nos lleva al problema del albedrío, que es de raigambre cristiana. Si alguna vez Goethe sintió lo cristiano, fue según el ambiente luterano de la Reforma. Un disgusto subconsciente lo llevó a buscar un refugio en el paganismo. Pero no puede ser de verdad pagano quien escuchó una vez el mensaje de Cristo. La derrota de Juliano es definitiva. Bastó con que se proclamase nuestra responsabilidad para que ninguna alma consciente pueda verse libre de ella. Desde entonces, todo contentamiento que no supone renuncia previa es carnaval que necesita de antifaces. La alegría perdurable se funda en la tristeza. La sublime tristeza del cristiano promueve alegría mucho más viva que la euforia helénica, pero cuesta alcanzarla. Al neopagano le queda, como a Juliano, el remordimiento de haber visto la verdad y empeñarse en negarla; por eso ningún alma moderna puede gozar dicha sino dentro de la humilde convicción de seres caídos pero redimibles, que la ley nueva nos impone. De ahí que todo neopaganismo, sin exceptuar al de Goethe, nos produzca impresión de anacronismo erudito, que no mueve el sentimiento. Caricatura es la risa de Mefistófeles y la dicha de Fausto tiene la fragilidad del engaño.

Auténtica alegría la hay en un himno de San Francisco o en uno de aquellos corales de Bach inspirados en las escenas del Evangelio. En la dicha de Fausto rejuvenecido por artimañas de magia negra, lo único real es la sorna de Mefistófeles. El episodio de Elena en el *Segundo Fausto* es erudición. El paganismo auténtico nos dio a la Diótima del Banquete platónico, astutamente dichosa porque no conoció el instrumento de salvación que es el remordimiento. Después de Platón, sólo un amor como el de Beatriz puede ganar corazones. El erotismo del *Segundo Fausto*, obsesión de viejo verde, incita al bostezo y provoca saudades del paganismo auténtico de Esquilo o de Eurípides.

Toda esta nada del mensaje goethiano se halla envuelta, por supuesto, en la magia de una poesía insuperable. Su don de hacernos amables personajes y escenas es indiscutible. Sus visiones se envuelven en esplendores de amanecer o en melancolía de crepúsculos. Poeta, claro que lo es Goethe, gran poeta de doctrina interior deleznable; canto sin doctrina, música de imágenes que no hacen sentido porque quiere aplicar al espíritu leyes orgánicas que son propias de lo biológico. El misterio de los seres y sus situaciones se queda sin resolver; en vano buscaríamos en Goethe



el instinto de atrevida penetración de las almas que hizo la grandeza espiritual de Dostoiewsky. Mundo visto desde fuera, el de Goethe nos fascina un instante, pero su médula está roída.

Por momentos el poeta se impone al ideólogo y podemos disfrutar escenas de alegría del alma, como cuando Fausto arroja de sí la copa del veneno para escuchar los coros de Pascua que anuncian una vez más el milagro de la Resurrección. En seguida, incapaz de sostenerse a la altura de una revelación que su conciencia repudiaba, vuelve a las ingenuidades filosóficas de su teoría de la acción y funda lo fáustico; es decir, en vez del ángel nos da de modelo al mecánico. De esta suerte inicia la estirpe moderna que Spengler señala y que el Conde de Keyserling llamó la aristocracia del chofer. De tal filosofía tenían que derivarse todos los contrasentidos y confusiones que plagan el drama de Fausto y la conciencia personal de Goethe. De ella procede también ese absurdo credo según el cual luchar, esforzarse, es lo esencial aunque no sepamos el fin, el objeto del bregar. Su naturaleza de poeta le hace traicionar a menudo a su ideología de la acción. Es el poeta también quien se rebela cuando condena el análisis kantiano en la famosa crítica del estudiante. "Para estudiar

algo que tiene vida, primero sacas fuera del cuerpo el espíritu; luego tomas entre las partes y naturalmente te falta de ellas el lazo espiritual." Pero, ¿qué es el espíritu? Goethe no responde. Permite que Fausto disfrute una ilusión: el rapto que de su alma consuman los ángeles; truco literario inconsecuente con el pesimismo trascendental del drama. Y ni siquiera cabal, porque no es Dios quien salva a Fausto, sino la *Madre de la Creación*, el eterno femenino, otro mito antiguo que no retiene la atención del hombre moderno. No puede hacerlo porque sabemos que una Virgen llamada María aplastó la cabeza de la serpiente. Es decir, libértó a la mujer de la fatalidad de sus seducciones encaminadas a la reproducción de la carne y le ganó un alma, igual a la del hombre.

Civilización y cultura

Todo un edificio de falsedades y convencionalismos anda por ahí aposentado en el aire, originado en el cisma de la Reforma y el mito del progreso. Inicia su construcción el nefasto siglo XVIII, que al secularizar la cultura le robó los cimientos, la dejó sin



médula. Vino después el siglo XIX, al cual debemos por lo menos grandes avances en las ciencias Física y Matemáticas, pero al ocurrir la prueba de las dos últimas guerras, todo se ha derrumbado estrepitosamente. Una de las supervivencias de aquel ideologismo kantiano, materialista y racionalista, es la teoría de la Cultura que se nos dice es: invención y creación, a diferencia de la civilización que declaran por sí y ante sí es disciplina imitativa y mecánica ausente de espíritu. Pero el espíritu de que en seguida nos hablan es un conceptualismo sin contenido sobrenatural, un logicismo que engarza ideas en "cuanto que tales", es decir ajenas al ser concreto y a la vida que es inseparable del pensamiento. Por mi parte, y no siendo ni espiritista ni idealista, sino un realista extremo, rechazo el espíritu así concebido en abstracto y lo imagino según la Revelación, como vida y persona. Y lo hallo en el Espíritu Santo como una de las Personas Divinas, o encarnado en seres como los ángeles o los hombres. Fuera de un realismo así de riguroso y concreto, la palabra espíritu en boca de los hegelianos y sus continuadores me suena a escamoteo que no satisface ni a la realidad ni a la teoría. De él no se originan seres, sino fantasmas entitativos. Y que este espíritu sea el que mueve la historia, es otra patraña que ya historiadores modernos, como por ejemplo Toynbee, nos autorizan para relegarla al archivo de las patologías de la mente.

Consecuencia hegeliana es la pretensión de colocar la cultura por sobre la civilización. Cierto que el cultivo es anterior a determinadas formas de la organización social, pero eso mismo prueba su carácter primitivo, es decir, inferior. Al cultivo le debemos el trigo que la naturaleza no ofrecía espontáneamente, pero nuestra deuda con la civilización es mucho mayor. Ella nos coloca más allá del cultivo en el seno de sociedades que residen en urbes, o sea, ciudades provistas de servicios materiales y de foro para la justicia y plaza para las discusiones de la mente. La dialéctica misma halla su comienzo en los diálogos de la plaza pública, al centro de la *civitas*. Es esto tan obvio, que la pretensión contraria sólo se explica por el afán de negar las bases latinas del pensamiento humano; para ello se acude hasta el absurdo de dividir las ciencias en doble rama arbitraria: naturaleza y espíritu; como si el estudio de la naturaleza no fuese obra también del espíritu. No ciertamente del espíritu objetivo, creador de entes, pero sí del espíritu vivo que es la conciencia. Lo indigno es que nosotros, latinos, soportemos y aun adoptemos todas estas prestidigitaciones, sin pestañear. Un falso sentido de reverencia para todo lo que deriva de la Reforma protestante se nos ha infiltrado y nos mantiene perplejos. Desde hace tiempo cierta *élite* de los pueblos católicos vive atermorizada de pasar por retrasada, si encuentra natural sentir y pensar dentro de la síntesis cultural que nos da el dogma y se cree obligada a fingir veneración por todo lo que procede de la otra banda. En nuestra América esta posición corre

pareja con el repudio de todo lo que es español producido durante la guerra de independencia de España: quisimos entonces medir nuestro patriotismo por la distancia a que nos poníamos de todo lo peninsular al mismo tiempo que manifestábamos sumisión servil frente a todo lo inglés o francés. Que de ello nos absuelva un tanto el hecho de que la propia España, a través de la generación lamentable que padeció las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite, renegó de sí misma al convertir su pensamiento en satélite del idealismo alemán. Pero es tiempo ya de preguntarse: ¿hasta cuándo hemos de seguir de coloniales del saber?

El esfuerzo de los nórdicos es admirable y cuenta con toda mi simpatía; creo con pensadores ingleses del más alto renombre, que la supremacía que han alcanzado los anglosajones en los últimos siglos en el orden material, no se debe a la Reforma. Se ha consumado pese a la Reforma y gracias a una serie de circunstancias de tipo físico y geográfico, como son el hecho de que en el Nuevo Mundo hayan quedado en poder de los anglosajones las zonas de los grandes ríos, al centro de extensas llanuras cultivables. Y esto en el momento en que la revolución industrial, fruto del carbón de Inglaterra, hizo posible la maquinización de la agricultura. Añádese que junto a las fértiles praderas aparecieron montañas de hierro y yacimientos incalculables de hulla y se comprenderán las causas del atraso en que quedamos los latinos, agotados en la explotación inclemente del trópico. En el caso es evidente que nada tiene que ver ni la sangre ni el credo religioso. Y por lo que hace al factor que representan en el progreso las instituciones libres, baste recordar que ellas son Creación del espíritu latino, y funcionan antes que en Inglaterra, y sin conexión alguna con la Revolución Francesa, en los municipios italianos y en las Cortes hispanolusitanas.

El alma es libre, se repite hoy, aun por los que niegan el alma. En nombre de esa libertad yo confieso mi predilección por *La Divina Comedia* y Dante, por *El Quijote* y Cervantes, por encima de todo lo que se ha escrito en poesía desde Esquilo a la fecha.

El voluntarismo fáustico y su fábula de las ideas madres, acaso muy dentro del libre examen, no resiste, a mi juicio, comparación con el sólido edificio de la síntesis católica que es orden y jerarquía aplicables a la Naturaleza y al hombre, a la Tierra y el Cielo. Un orden que va desde una creación voluntaria pero inteligente y movida por amor, cuyo comienzo es el *cuanto* que engendra la luz, hasta el hombre y el ángel. Y dentro del orden de lo creado un ritmo vario y una serie de mundos y reinos en jerarquía ascendente. Lo que hay en el comienzo del ser, nos lo dice la Física moderna; lo que es el hombre, lo proclama la Sabiduría; lo que se encuentra más allá de lo sensible, quedó consignado por el Areopagita en su Jerarquía Celeste, verdadera geografía de los cielos. Ciencia y Revelación concuerdan. Con elementos tales se construyen *Divinas Comedias*; sin ellos ni los dos



Faustos alcanzan a darnos una cosmovisión elevada y armónica. Pensamiento como el nuestro tradicional que se aloja en catedrales de la idea, tiene que sonreír de lo fáustico, se aburre también de todas esas complicadas ficciones como el "deber ser" kantiano o los "aprioris éticos" de la llamada axiología que ha estado en boga en los últimos quinquenios en ciertos sectores. De suerte que no veo que los frutos justifiquen la existencia del árbol de la teología cismática.

Y en cuanto al progreso, lo defino como el tránsito que va de la caída a la redención, y basta; lo demás es variación sobre el mismo tema robusto. Y me afirmo en mi posición cuando pienso que *Fausto* es el poema de la cultura. Y me quedo con *La Divina Comedia* que es síntesis de la civilización y de ella paso a otra cumbre latina y universal que es el *Quijote*.

En resumen, y por lo que hace a la filosofía, encuentro que el pensamiento de Goethe es no sólo insuficiente sino arcaico y está superado dentro de la misma tradición nórdica a que Goethe pertenece. La filosofía, en los Estados Unidos del Norte, se encuentra a mil leguas del famoso "mensaje goetheano". Me basta con referirme a la posición filosófica profunda del neonaturalismo y entre los pensadores individuales señalaré únicamente a dos entre los de más calidad: Brightman y Northrop. Conocido es el criterio del filósofo personalista Brightman, que ha dedicado toda una vida gloriosa a buscar la síntesis de ciencia y religión a fin de consumir la tarea filosófica de nuestra época que es de verdadera totalidad. Contra lo que sospechó Goethe, una nueva suma es lo que hace falta: una suma del saber natural y del saber religioso. Por su parte Northrop, en el libro reciente titulado *La Lógica de las Ciencias y las Humanidades*, se ensaya en lo mismo, es decir, en reunir lo que llama saber de postulación y saber de inferencia, o sea el saber de lo invisible que reveló San Pablo. Goethe no alcanzó ni la primera etapa, etapa científica, en su plenitud.

Fausto y el Quijote

Segun hemos visto, Goethe os presenta un derecho de índole primaria, corrompido además con astucias innobles. Fausto vive ensoberbecido con la culpa y no sólo impenitente, sino jactancioso e impune. Mientras exista en el mundo un alma de caballero, Fausto provocará buena dosis de disgusto y el sentido del honor hallará recompensa en el contraste que nos ofrece Cervantes. El también halló delincuentes convictos. Pero los vio humillados y se arrepintió por ellos al tenerles compasión y los puso en libertad. Vio el Quijote, en los reos, hermanos hombres en aprieto. Eso le bastó para extenderles el apoyo de su conciencia y expuso por ello el brazo. La jurisprudencia de Cervantes pertenece a la etapa superior del Derecho: aquella en que el hombre acude a remediar la aflicción allí donde se encuentra.

Entre el Fausto mañoso que con engaños conquista a Margarita y más tarde, porque tiene poder, celebra nupcias con Elena, no pocos preferimos al Quijote que pasa por alto la pobre realidad de Dulcinea y por piedad y bondad le da, mediante la ilusión, los encantos que la naturaleza le ha negado. Esta es la obra del amor, cada vez que el amor envuelve en su halo una criatura. La imaginación cervantesca corrige la obra de la naturaleza, según la filosofía de Fray Luis y de los demás místicos españoles que conciben un más allá "mejorado". El Quijote pretende bajar a la tierra los beneficios del cielo. Y sucede que la fortuna suele ponerse de parte de estos ilusos a lo Quijote, que juzgan a la sociedad capaz de subir a la altura de sus anhelos. El premio que les está reservado es el nimbo de belleza en que se envuelven y del cual nos hacen partícipes. Y si por acaso despiertan a la verdad dolorosa y rebelde al bien, todavía pueden exclamar con Alonso Quijano: lo siento por la realidad; quise hacerla buena y no me respondió el acontecer, pero yo sigo fiel a la verdad y el bien por encima de la naturaleza.

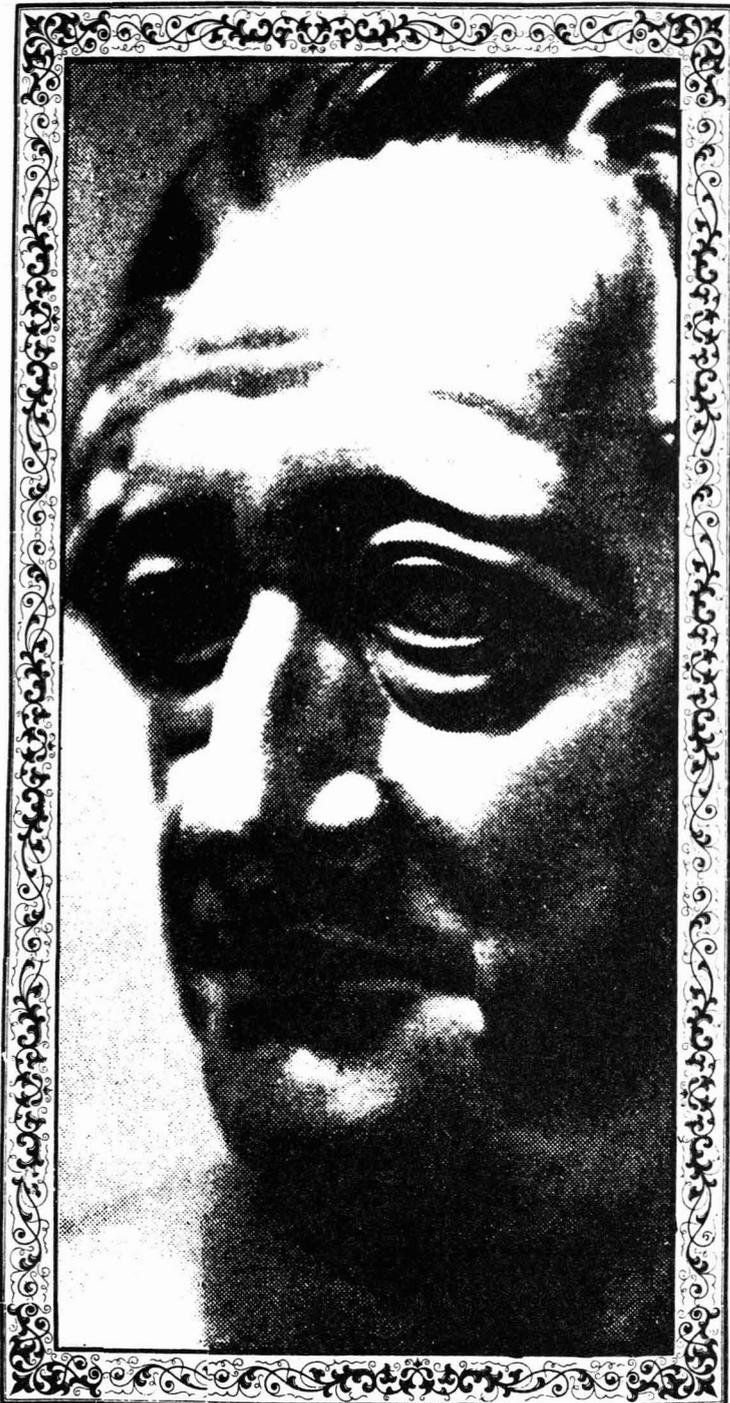
El Quijote quiere reformar el mundo; el docto Fausto lo codicia tal como es, con su mezcla de bien y mal, como el glotón que engulle de todo, y acaba en hartazgo, pero el lector se aburre. El Quijote devuelto a la cordura se desconsuela, pero halla refugio en la conciencia de que su locura fue buena. Pudo causar daños involuntarios, pero su intención fue siempre pura. ¡Que cada cual escoja! Fausto con su dicha vulgar, remata en el hastío. El Quijote vive y muere en sublime. Del Fausto que duda y se agita proceden la bestia rubia, el superhombre de Nietzsche y los secuaces contemporáneos de la angustia. Don Quijote, pese a sus quebrantos, concluye con Cervantes: "que es una alegría vivir y ser hombre".

Fausto escapa a la lucha y domina su pena traduciendo la realidad a la ilusión, el hecho a su imagen, y con las imágenes construye un mundo ficticio, tan falso como ajeno a la responsabilidad. Cervantes eleva la realidad a la jerarquía nueva que halla su justificación en los cielos. Sabe que una situación dada, por mala que sea, puede transformarse al influjo del espíritu; por eso, no obstante los reiterados fracasos, el Quijote mantiene su lealtad a una existencia como redención. La realidad del mundo es ignorada, es desdeñada por el hidalgo cristiano. El otro, el Fausto, vive para el mundo de abajo que ambiciona dominar porque con toda su mediocridad le satisface.

Cervantes se burla de una realidad que reconoce incapaz de ponerse al nivel, ya no digo de la fantasía, siquiera a la altura de una conciencia honrada. Goethe no sabe despreciar; no es un señor. Su voluntad es servil, aunque se ponga la máscara olímpica. Ningún pagano es realmente libre.

El Quijote muere consecuente con el ideal de su vida, que consistió en ser bueno. Fue la suya una locura congruente en el





propósito de ensanchar la bondad y hacerla prevalecer entre los hombres.

Don Quijote quiere darse por entero a la tarea de combatir el mal. La injusticia sufrida por uno solo de los hombres le irrita y le induce a pelea en que no mide riesgos ni sacrificios. No es cierto que odie la caballería, todo lo contrario, se duele de que no tenga fuerzas para imponerse a una naturaleza baja y desdeñable. La bondad es su ley, por sobre el egoísmo y más allá de la justicia. No es que no mire la realidad, sino que al hallarla tan cruel acude a la ilusión para hermosearla y regenerarla. Esto es genuinamente cristiano; la bondad es la miel del mensaje cristiano. Por eso también, lejos de ser obra de decadencia —según han opinado no pocos decadentes— el Quijote es el contrario: una afirmación de heroísmo que pone la fuerza al servicio de los sentimientos más altos. La ilusión —don del cielo— le sirve para encubrir las fallas de la naturaleza. El Quijote está bien con Dios. Sin duda por ello su libro representa la más fervorosa incitación al bien de toda la literatura. Ninguna otra lectura nos deja igual decisión de optar, en cada caso, por lo justo y lo elevado, en contra de lo conveniente y lo prudente. Su lema es: contra lo imposible, si así lo exige la piedad. Y tiene razón Cervantes, porque algo queda de la acción atrevida y piadosa por ensobrecido que se encuentre el mal. Por fortuna suman millones los lectores que conceden más gloria al fracaso del Quijote que a todas las conquistas de Alejandro; y hallan en el Quijote más sabiduría que en Aristóteles. Y no comparo más por no molestar la memoria de Goethe, que todo lo entendió, menos el derroche del corazón. Sin embargo, en este derroche se encuentra el *cuanta* de la luz que no se apaga: la luz del Espíritu que en vano buscaba el Goethe moribundo, a través de una ventana por la cual no podía penetrar otra cosa que un rayo de sol. El Quijote sabe que la luz verdadera se enciende en el ejercicio o en el recuerdo de una buena acción.

Las gentes de letras estamos acostumbradas a pensar en la bondad como un ideal un tanto abstracto y además quimérico. Recordamos al Sócrates platónico que coloca la bondad al mismo nivel de la belleza y nos sentimos satisfechos de nuestra ilustración, pero la bondad es lo que más dista de lo entitativo y lo genérico; la bondad es ternura personal y sonrisa de piedad, dolor, de compasión, angustia de la pena propia y la ajena y alegría porque podemos remediarla. La bondad es aristocracia del corazón que no pudo desenvolverse antes de que el anhelo humano quedase ligado al divino mediante la revelación cristiana. No se es bueno por nosotros mismos ni por el prójimo; nos contemplamos y nos disgustamos de nosotros mismos y no nos amamos, pero hay que subsistir en el ser porque somos perfectibles y la bondad nos acerca a Dios. El santo no procede por altruismo ni piensa primero en sí, tampoco en el prójimo. La bondad del santo es derroche glorioso, porque su fuente primaria es Dios. Sin una confianza en



la salvación, la bondad no es viva. El estoico es inerte y el hombre del deber, el moralista kantiano, nivelador de la balanza de la justicia, equilibrista de las normas, se contenta con la equidad; no se arriesga a ensayar la bondad. Es necesario sentir que el hombre es más que el hombre, más que lo que en él se mira y se palpa, para decidirse a amarlo. Y el que ama no mide el costo, no pesa la dádiva. La ilusión encendida en amor, más allá del arte nos permite contemplar al hombre y las cosas sin horror. La creación se ha vuelto fea y es natural odiarla cuando la vemos como es. Es peligroso investigar mucho en el hombre porque su intrínseca naturaleza produce espanto. Escapamos al pesimismo radical merced a ese halo con que el amor y la bondad envuelven a la criatura.

La bondad, que no es cosa literaria, sin embargo es nota frecuente en las letras de España. Pérez Galdós lo atestigua en la etapa contemporánea. En la novelística francesa hay más lógica que ternura; no encontramos en ella ni un Quijote ni un abuelo como el de Galdós. En los autores rusos anteriores a la revolución, profundamente cristianos, volvemos a encontrar esos tipos sublimes como el idiota de Dostoiewsky. En Italia, es claro, la bondad no necesitamos buscarla en la literatura. Es tierra de santos que contemplan el vivir y le cantan con alegría celeste a lo San Francisco. Pero ¿ha descubierto alguien una vena de bondad pura en Fausto, bondad que no piensa en la retribución ni en la gratitud de los favorecidos, bondad porque sí, por placer, como la de Dios?

Hay un elemento en la literatura de Goethe que rescata al autor como hombre, demostrándonos su capacidad para expresar la ternura. Y nada hay tan próximo a la bondad como la ternura. Anoto esta circunstancia con beneplácito, ya que no es mi ánimo acumular cargos sobre la obra del gran poeta.

Hace alrededor de cincuenta años leí entre sollozos el *Werther*. No he vuelto a tener el libro en mis manos, pero he recordado con frecuencia la escena de la fiesta campestre interrumpida por una tempestad, durante la cual Werther y Carlota, refugiados en la sala de baile, viven instantes de dicha perfecta. Más tarde, cada vez que he escuchado la *Sinfonía Pastoral* de Beethoven o pensado en ella, inevitablemente la asocio a la danza interrumpida por el fragor de los elementos, durante la tarde dominical que Goethe describe.

Señor Decano de la Facultad; señores catedráticos; jóvenes alumnos:

Gracias muy cumplidas os hago patentes por haberme brindado derecho de cátedra por unos instantes en esta Escuela ilustre cuyo gobierno ejercéis con gallardía; los instantes de atención que me hayáis prestado servirán para dar albergue, en vuestras conciencias, a estas cuantas ideas que quisieran mover el ánimo colectivo en

favor del resurgimiento de la verdad absoluta. Celebramos el aniversario del gran ingenio que fue Goethe; pero yo vengo de otro aniversario, el reciente de Miguel Cervantes. Nuestra Escuela de rancia prosapia y docencia moderna; nuestra raza de claro linaje en la cultura; nuestra nación que emerge a ratos de la sombra; nuestra humanidad toda, hállese en el cruce de rutas divergentes cuya oposición puede hallar símbolo en los nombres de Fausto y el Quijote. De un lado el más cabal éxito humano que haya concebido la imaginación de un poeta; amó a Margarita, casó con Elena, ganó batallas y creó la prosperidad de muchas gentes; pero no tuvo ojos para lo invisible ni tampoco intransigencias frente a la injusticia y el mal: todo lo contrario, barajó bien y mal en confusa e interesada mezcla y, según ya se ha dicho, “no acertó a comprender ni al héroe ni al santo”. Se mantuvo siempre humano, tan humano que, pese a todo su poderío terrestre, a mí se me confunde involuntariamente con una de sus creaciones: la del homúnculo. El hombre ha de ser más que el hombre para no convertirse en homúnculo. De Goethe procede en gran parte todo ese filosofismo ramplón que hoy se nos sirve con el antifaz de una tolerancia que suele ser indiferencia frente a la pelea del bien y el mal; tolerancia volteriana que es sectaria ironía hecha de vitriolo que antes de matar desfigura los rostros. Harto me siento de ese humanismo taimado que oculta la negación de lo sobrehumano con el galimatías de la cultura como meta y el hombre como mito combinados en las fórmulas de un “espíritu” que es pura dialéctica. Por el hombre y para el hombre: aquí y ahora repiten algunos perogrullos en defensa del tema sobado, tan viejo como Gorgias, tan estéril como una ecuación lógica, de que “el hombre es fin y medida de todas las cosas”. Afortunadamente nos queda, todavía despejado y abierto, el otro camino, el del Quijote y su obsesión, que parece ilusoria a quien carece de aliento para seguirle, pero es al fin y al cabo el móvil de todo lo que en la historia es gloria y es cumbre. Jamás el hombre habría escapado a su angustia y su abyección, sin el arrojo de los que frente a las realidades brutales de la naturaleza y delante de los abusos de los Estados, irguen su rebeldía y proclaman que sólo es soberano lo que es noble y eterno. El alma emerge de la naturaleza, pero no le debe acatamiento ni veneración; su destino es corregirla y superarla. Más allá de los límites descubre el vidente los derechos de lo imposible. Y no hay para el pensar otro contento que el de buscar las huellas del Supremo invisible que sostiene los mundos y satisface las almas. Hoy como ayer con el Dante y con Don Quijote, por encima del hombre y su angustia; con el fin de superar al hombre, no en cantidad de fuerza, que eso daría un superhombre caricatura del héroe, sino en calidad de esencia, según escala que va del pecador al santo. Hombre redimido que a la luz inmortal contempla, en vez del homúnculo, el arcángel. Relámpagos en la eternidad. Certidumbre de salvación. Hosana que entonan los siglos.

